

ESTUDIO

Elementos para una Distinción entre la Sociedad Totalitaria y los Regímenes Políticos Autoritarios

Juan Yrarrázaval C.*

El autor hace una distinción entre sociedad totalitaria y régimen político autoritario, revisando críticamente los argumentos que se han dado en la ciencia política contra esta distinción. El trabajo analiza el rol de la ideología o mentalidad oficial, el partido totalitario y el antipartidismo autoritario, el mayor o menor grado de control estatal de la economía, la prensa, la literatura y la educación, y el tema de las garantías individuales. Luego de analizar la tipología de regímenes autoritarios, se refiere a los espacios de libertad y pluralismo que es posible encontrar y desarrollar en dichos regímenes, donde una estrategia de liberalización gradual y conjunta del sistema socio-económico, del sistema cultural y del sistema político puede conducir a una institucionalización democrática estable.

Cuando el quiebre de una democracia es irremediable, se dan a la anarquía dos alternativas: una sociedad totalitaria o un régimen político autoritario. A veces en los debates públicos se niega u olvida la distinción entre sociedad totalitaria y régimen autoritario. En la ciencia política, en cambio, se ha avanzado bastante en esta diferenciación conceptual, aunque también existen autores que no la comparten.

En mi opinión, lo característico del gobierno autoritario es que sustituye el proceso político democrático por la autoridad de una élite autodesignada, sin interferir directamente en muchos espacios de la vida social, económica y cultural. Una so-

* Abogado. Miembro del Estudio "Philippi, Yrarrázaval, Pulido, Langlois & Brunner". Profesor de Ciencia Política de la Universidad de Chile y de la Universidad Católica. Master y Ph.D. (C) en Ciencia Política de la Universidad de Princeton, EE.UU.

ciudad totalitaria también sustituye el proceso político democrático por una élite autodesignada, pero ésta interfiere en todo, sin dejar escape respecto de la conformidad político-burocrática impuesta por la ideología gobernante. La característica central de la sociedad totalitaria es la eliminación de las fronteras que existen entre el poder político, los individuos y las asociaciones que éstos forman, y la imposición de una absoluta identidad entre todos ellos, destruyendo la libertad individual y la autonomía social y aspirando a planificar centralizadamente aspectos tan diversos de la existencia humana como son la vida familiar, la amistad, la educación, el trabajo, el tiempo libre, la producción, el intercambio, la práctica de la religión, el arte, el vestuario y hasta la muerte. El totalitarismo moderno lleva a un extremo los elementos de la autocracia: todas las estructuras de gobierno pasan a estar integradas jerárquicamente, todas las relaciones humanas subordinadas al gobierno, y toda la actividad política legítima es movilizada para apoyar la estructura gubernamental.

En razón de su integración monolítica y de su alto grado de represión, del totalitarismo es muy difícil salir, excepto mediante su derrota militar en una guerra. El régimen autoritario, en cambio, por lo común deja abiertos espacios de libertad desde donde resulta más posible se genere un proceso de desarrollo democrático, y además el gobierno puede estar más o menos limitado por leyes o por restricciones políticas.

Sin embargo, como ya indicamos, en la ciencia política no todos los autores aplican la categoría analítica del totalitarismo para diferenciar a los regímenes marxistas, a la Alemania nazi o a la Italia fascista de los regímenes autoritarios más limitados.

I Argumentos en Contra de la Distinción

Para Samuel Huntington, Clement Moore y Amos Perlmutter, sólo existe una expresión moderna de la autocracia, y ella es el autoritarismo. En **Authoritarian Politics in Modern Society**¹, Huntington y Moore incluyen dentro del mismo tipo autoritario moderno a regímenes tan diversos como la Alemania nazi, México, la Unión Soviética, la España franquista, la mayoría de las naciones de Africa, China, la Italia de Mussolini, y Yugoslavia. Este tipo común sería diferenciable de la autocracia tradicional por poseer un producto institucional moderno: el sistema unipartidista. Por cierto que ambos autores admiten la existencia de subtipos autoritarios: el sistema de unipartidismo dominante ejemplificado por la Unión Soviética y el sistema de unipartidismo débil ejemplificado por la España franquista.

¹ Ver Huntington, Samuel y Moore, Clement; *Authoritarian Politics in Modern Society*, New York: Basic Books, Inc., 1970.

La distinción entre ambos subtipos se hace según el grado de institucionalización política de sus sistemas de decisiones públicas y de representación y control político. Una tesis similar fue expuesta por Huntington en **Political Order in Changing Societies**², donde llevó su tesis al extremo de sostener que los sistemas políticos de los Estados Unidos de Norteamérica y de la Unión Soviética, por ser altamente institucionalizados, tendrían entre sí más semejanzas que las que pueda haber respecto de las democracias latinoamericanas —en el primer caso—, o respecto de los socialismos tercermundistas —en el segundo—.

Más allá de su abundante recopilación de ilustraciones comparativas, estos autores no analizan en profundidad la relación entre la organización socioeconómica y el sistema político, o entre este último y el conjunto de instituciones morales y culturales. Tampoco prestan mayor consideración, dentro de su enfoque, a la variable ideológica. De este modo caen en un reduccionismo institucionalista del sistema político.

Otro autor que rechaza la distinción entre sociedad totalitaria y régimen autoritario es Amos Perlmutter. En su reciente libro de política comparada, **Modern Authoritarianism**³, Perlmutter sostiene que lo importante en la Unión Soviética, en la Alemania nazi o en la Italia fascista no es tanto la ideología, que sirvió como legitimación para la conquista del poder total, sino los instrumentos institucionales autoritarios —comunes al Estado orgánico y a los regímenes militares latinoamericanos— diseñados para ejercer un control político estatal, y que la distinción debe ubicarse más bien en el mayor o menor grado de desarrollo de los instrumentos de control coercitivo. Según él, la ideología no es el motor que mueve al régimen, al Estado y a la sociedad en los países comunistas.

Amos Perlmutter define un modelo analítico común a todos los sistemas autoritarios modernos, que consistiría en la existencia de un Estado burocrático, jerárquico y centralizado, que no admitiría la existencia de organizaciones políticas, económicas, sociales, culturales o ideológicas autónomas respecto del Estado. El Estado autoritario se caracterizaría por poseer exclusivamente los medios de organización, que serían administrados por la élite política distribuida en las estructuras políticas claves, que son diferentes de un Estado autoritario a otro. Para Perlmutter, tanto los Estados marxistas como los regímenes militares son sistemas autoritarios, difiriendo tan sólo en el grado de institucionalización —en los primeros mucho mayor que en los segundos—, que se mediría según la relación que exista entre la

² Ver Huntington, Samuel; *Political Order in Changing Societies*, New Haven: Yale University Press, 1968.

³ Ver Perlmutter, Amos; *Modern Authoritarianism*, New Haven: Yale University Press, 1981.

élite política, el Estado y otras instituciones políticas relevantes. El mismo autor resta relevancia al mayor grado de pluralismo que podría existir en la élite de poder de los regímenes autoritarios no marxistas ni fascistas, ya que en su opinión las diferencias y disputas burocráticas serían secundarias por la ausencia de movilización y participación política, y por cuanto la clave para la dominación y control estatal residiría en la determinación de quienes gobiernan y sus mecanismos de sucesión. Finalmente, Amos Perlmutter critica el uso del totalitarismo como categoría analítica, señalando que dentro del contexto de su definición mas amplia del autoritarismo moderno sólo ha quedado fuera el rol de la ideología totalitaria, que él no considera fundamental para el desarrollo de la centralización política ni para el éxito del Estado unipartidista.

II Argumentos en Favor de la Distinción

En mi opinión, no es realista sostener, como lo hace Perlmutter, que la única fuente de poder y control total del comunismo, del nazismo o del fascismo haya residido en los instrumentos institucionales de que han dispuesto. En mi ensayo sobre **Ideología, Conflicto y Consenso**⁴, desarrollo in extenso el rol de la ideología totalitaria como fuente de conquista y conservación del poder, y como fuente de control político. El núcleo de la ideología totalitaria no es tanto la teoría, el sistema de ideas, sino su carácter de instrumento de poder político, tanto o más importante que los instrumentos institucionales a que alude Perlmutter. La ideología totalitaria es un instrumento que posee fuerza en sí mismo, que es capaz de disparar a la conducta casi como un instinto o un acto reflejo en el dominio total de la vida, abarcando todos los campos de la vida individual y social, e incluyendo eficaces dispositivos de rechazo contra toda crítica a él, lo que sumado a un uso institucional "eficiente" de lo ideológico —a través del partido único y su red de organizaciones auxiliares— puede llevar a anular gran parte de la individualidad y de la autonomía social.

La medida en que el instrumento ideológico sea fuente de poder total está en directa relación, por un lado, con el grado de totalización, hermetismo y el carácter intrasistémico que posea, y, por el otro, con el uso del instrumento institucional partidista como medio de control del aparato estatal y de la sociedad entera. En este sentido, la ideología totalitaria más poderosa en la actualidad es aún el marxismo-leninismo. Como lo ha señalado Leszek Kolakowsky en su ensayo **Las Raíces Mar-**

⁴ Ver Yrarrázaval, Juan; artículo *Ideología, Conflicto y Consenso*, Revista de Ciencia Política N° 1, Santiago: Pontificia, Universidad Católica, 1979.

xistas del Estalinismo⁵, el Estado soviético ha tenido siempre la ideología marxista en sus cimientos como única fuente de legitimidad, y el partido único que domina despóticamente está organizado en base a los lazos ideológicos marxistas, de modo que aunque nadie crea ya en la ideología estatal, ella es absolutamente indispensable para conservar la integración monolítica y evitar que se desintegre la estructura del Estado. El aceptar un debilitamiento o una osificación de la ideología partidista conllevaría un serio riesgo de aislamiento para el grupo dominante respecto del ambiente social y crearía tarde o temprano un vacío de poder que requeriría de más control burocrático-coercitivo y de más fundamentación en las fuerzas de seguridad.

A diferencia del rol de la ideología en la sociedad totalitaria, los regímenes autoritarios por lo general carecen de una cosmovisión ideológica que sirva de directriz obligatoria y excluyente en todas las decisiones públicas y en las actividades de los individuos y de sus estructuras intermedias. Más que ideologías estatales, en los regímenes autoritarios existe una mentalidad oficial que aspira a un orden público unitario y despolitizado. En vez de religiones seculares se prefiere usar declaraciones de principios y de objetivos programáticos. Ello obedece a una cierta lógica, por cuanto el carácter más plural que por lo general tiene la coalición de grupos e instituciones sociales que apoyan la inauguración de un régimen autoritario, hace necesario buscar un mínimo común denominador en materia de principios y objetivos, en vez de una ideología muy particular que sea excluyente, rígida, o que dé lugar a tensiones políticas entre los partícipes de la coalición más o menos visible que apoya al régimen o en el seno de la opinión pública. Las referencias al desarrollo socioeconómico, al orden público, la unidad nacional, y otras similares, permiten al régimen autoritario tener una base de apoyo más diversa, y asimismo potencialmente le permiten actuar con mayor pragmatismo.

Para autores como Hannah Arendt, Jacob Talmon, Carl Friederich y Zbigniew Brzezinski, la ideología totalista, dominante y excluyente es el principal rasgo que distingue a las sociedades totalitarias de las demás autocracias. En **The Origins of Totalitarianism**⁶, Hannah Arendt explica el fenómeno del totalitarismo nazi y marxista en base a la erosión de la individualidad y de las instituciones intermedias que se produce en la moderna sociedad de masas, lo que facilita el surgimiento de movimientos e ideologías totalitarias que buscan imponer sociedades sin cla-

⁵ Ver Kolakowsky, Leszek; ensayo *Las Raíces Marxistas del Estalinismo*, publicado en la Revista de Estudios Públicos N° 11; Santiago: Centro de Estudios Públicos, Invierno 1983.

⁶ Ver Arendt, Hannah; *The Origins of Totalitarianism*, New York Harcourt, Bracek World Inc., 1951.

ses, sin diversidad de formas, sin individualidades. Jacob Talmon, por otra parte, en **The Rise of Totalitarian Democracy**⁷ describe las aspiraciones utópicas de los modernos "demócratas populares" o totalitarios por llevar a su cabal cumplimiento los postulados de la Revolución Francesa a través de la implantación de la única y exclusiva verdad ideológica en la política. En una investigación más particular del caso soviético, **Ideology and Power in Soviet Politics**, Brzezinski enfatiza el uso de la tecnología al servicio de la ideología, afirmando que el totalitarismo moderno se caracteriza por ser un sistema en que los instrumentos tecnológicamente más desarrollados son empleados por el partido único dominante con el objeto de modelar una revolución social total, que incluye el condicionamiento de la persona humana en torno a ciertas premisas ideológicas proclamadas por la dirección política centralizada dentro de un ambiente de unanimidad forzada impuesta sobre la población entera⁸.

Un segundo elemento que distingue a las sociedades totalitarias de los regímenes autoritarios, es la existencia en las primeras de un partido único dominante, comprometido con la ideología totalista, y generalmente dirigido por un solo hombre o por un reducido círculo de poder autodesignado. En un estudio clásico sobre la sociedad totalitaria, **Totalitarian Dictatorship and Autocracy**⁹, Carl Friederich y Zbigniew Brzezinski tipifican el partido único dominante en sus dos aspectos principales: por un lado el concepto de "partido" implica que dicha organización es sólo una parte de la vida política —en la Unión Soviética es denominada "la vanguardia de la clase obrera"—, y por otra parte su carácter totalitario está definido por su objetivo de penetrar y dominar toda la sociedad, toda la vida de las personas, ejerciendo funciones de control, de politización de masas, de orientación y presencia en todas las organizaciones sociales, de reclutamiento de la élite política, y de proveedor de candidatos para elecciones no competitivas. En los regímenes autoritarios, en cambio, o bien no existe un partido o movimiento oficial, o bien de existir, su rol en el sistema político dista mucho de ser aquel políticamente preponderante y socialmente penetrante que se observa en las sociedades totalitarias, adoptando, en cambio, su papel secundario de apoyo político-administrativo, para lo cual agrupa a sectores relativamente dispares e ideológicamente poco cohesionados, como lo fue, por ejemplo, el partido "Unión Nacional" en Portugal —que llegó a incluir

⁷ Ver Talmon, Jacob; *The Rise of Totalitarian Democracy*, Boston: The Beacon Press, 1952.

⁸ Ver Brzezinski, Zbigniew; *Ideology and Power in Soviet Politics*, New York: Praeger, 1962.

⁹ Ver Friederich, Carl y Brzezinski, Zbigniew; *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1956.

a demócratas liberales como Sa Carneiro y Pinto Balsamao—, o el "Movimiento Nacional" en España —cuyos miembros iban desde un Blas Pinar hasta un Adolfo Suárez—.

Un tercer elemento distintivo de las sociedades totalitarias es el colectivismo imperante en la economía, en la prensa, en la literatura y en la educación, que también importa severas restricciones en las actividades morales y religiosas. La definición de un régimen político como autoritario, en cambio, no nos dice nada sobre el sistema socioeconómico o sobre las instituciones morales y culturales que coexisten con él. Por una parte, los regímenes políticos autoritarios pueden coexistir con una economía de mercado, y la libertad económica en tales casos puede servir de estímulo a la libertad política, como lo prueban los casos de España, Portugal y Brasil. La coexistencia de una economía libre que promueva y obtenga grados importantes de desarrollo económico, de ese bienestar que es requisito de apertura y de legitimidad, donde los individuos perciban un progreso presente y confíen en obtener un progreso futuro, y, en fin, donde exista movilidad social, puede abrir promisorias expectativas para una evolución política democrática. Por otra parte, los márgenes de mayor autonomía que admiten los regímenes autoritarios —si se les compara con las sociedades totalitarias— hacen posible a la Iglesia, a las universidades, a los centros culturales y a los medios de comunicación desarrollar una contribución más libre y mejor al enriquecimiento moral y cultural de la sociedad. En los regímenes autoritarios latinoamericanos donde existe prensa privada con autorización previa para circular, ello implica un mayor grado de libertad que si hay boletines oficiales, por ejemplo.

Para Hannah Arendt, así como también para Friederich y Brzezinski, un cuarto elemento distintivo de las sociedades totalitarias es el elemento de terror político y de represión policial, tan característico de la Unión Soviética, China Popular y de la Alemania nazi. En mi opinión, si bien es diferente la atmósfera típica del totalitarismo —amenaza creíble de terror político oficial incluyendo asesinatos políticos masivos—, las arbitrariedades y violaciones de derechos individuales de muchos gobiernos autoritarios, así como la ausencia de garantías legales y judiciales para las libertades individuales en relación al Estado y a su aparato policial hacen de ésta un área en donde el régimen autoritario y la sociedad totalitaria pueden llegar a parecerse. De allí nace la insistencia de muchos en orden a limitar eficazmente la acción del Estado en materia de derechos individuales.

III El Desarrollo de una Conceptualización sobre Regímenes Autoritarios

La distinción entre sociedades totalitarias y regímenes políticos autoritarios surge en la ciencia política moderna en la década de los años sesenta, principalmente como un derivado de los estudios de casos de Juan Linz sobre España y de Howard Wiarda sobre Portugal. En la obra **An authoritarian regime: the case of Spain**, escrita en 1964, Linz sostiene que la España franquista es un régimen político que no es ni democrático ni totalitario en el sentido de Friederich y Brzezinski, sino que es un tipo distinto, que denomina régimen autoritario, y que define como un régimen que admite un pluralismo político controlado y no representativo. En él no existe una ideología directriz muy elaborada, pero sí existen mentalidades oficiales más o menos definidas sin que haya tampoco una movilización política de apoyo al régimen excepto en situaciones muy particulares. Un líder o un grupo de élite ejerce el poder político dentro de límites cuya definición legal dista mucho de ser suficiente en términos políticos, pero en todo caso es posible predecir en forma aproximada el rango normal de ejercicio del poder estatal y los márgenes de libertad individual y autonomía social permitidos¹⁰. Por otra parte, y basándose en los estudios de Wiarda sobre Portugal, el dentista político Philippe Schmitter, de la Universidad de Chicago, describe este nuevo tipo de régimen autoritario como un sistema donde el proceso político es dominado por una élite heterogénea, la que está compuesta por "pilares" jerárquicos, burocráticamente organizados y funcionalmente diferenciados. Estos "pilares" no son competitivos entre sí, y están sometidos a fiscalización y penetración por parte del Estado. El proceso de representación de intereses y de selección de líderes es controlado desde arriba. Ahora bien, los "pilares" que conforman la élite no tienen el mismo peso político, por cuanto las Fuerzas Armadas son por lo general predominantes. Se promueven las interacciones sólo en un sentido vertical y compartimentalizado, y el ejercicio del poder político se transforma en un deliberado y flexible proceso destinado a mantener el equilibrio entre estos "pilares" funcionales o sectoriales. Puede existir un partido o movimiento oficial, pero de existir éste no monopoliza el acceso a los cargos públicos influyentes o importantes ni se dedica a hacer cumplir una ideología rígida. El proceso de decisiones públicas es despolitizado y desideologizado en la medida de lo posible, y los problemas políticos son abordados por la autoridad como si fueran problemas legales y administrativos¹¹.

¹⁰ Ver Linz, Juan; *An authoritarian regime: the case of Spain*, Helsinki: Westermarck Society, 1964, p. 255.

¹¹ Ver Smitter, Philippe; *Paths to Political Development in Latin America*,

En forma paralela a estos estudios sobre los rasgos distintivos del autoritarismo en España y Portugal, que en opinión de sus autores obedecen a una concepción estatal orgánica o corporativista, otro grupo de cientistas políticos se concentra en las experiencias africanas nacionalistas que surgen en la década de los años 60 en países como Kenya, Nigeria, Zaire, Tanzania y Ghana, donde el control estatal, la representación de intereses, el movimiento o partido oficial y la doctrina política presentaban, desde un punto de vista analítico, más semejanzas con el tipo de régimen autoritario que con las sociedades totalitarias, aún cuando se distinguían de aquel tipo por existir una mayor movilización política, funcional a las necesidades de creación de nuevos Estados independientes y al desafío de la integración cultural¹².

Posteriormente, en la década de los años setenta, un tercer grupo de cientistas políticos analiza las peculiaridades de los regímenes militares latinoamericanos, más institucionales que faccionalistas o caudillistas, y que aspiran no sólo a un control político, sino también a desarrollar programas de modernización nacional de más largo plazo. Guillermo O'Donnell plantea en 1973 una nueva conceptualización, que en su opinión era ya aplicable a Brasil y Argentina y que en el corto o mediano plazo también lo sería al resto de los países sudamericanos. En su obra **Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism**¹³, sostiene que tales regímenes representan un nuevo autoritarismo, parecido al del sur de Europa, pero que corresponde a procesos históricos peculiares, donde el desarrollo del capitalismo se habría visto parcialmente frustrado por las restricciones políticas propias de una democracia politizada, determinando el surgimiento de coaliciones "modernizadoras" con predominio militar y burocrático, con una importante participación de tecnócratas en la aplicación de modelos liberales monetaristas, con un pluralismo restringido y con una legitimidad basada principalmente en la seguridad nacional y en la modernización económica. En una línea similar se encuentran los trabajos de Fernando Enrique Cardoso contenidos en **Authoritarian Brazil y The New Authoritarianism in Latin America**. Tanto O'Donnell

ensayo incluido en el libro *Changing Latin America*, editado por Douglas Chalmers, New York: The Academy of Political Science, Columbia University, 1982.

¹² Ver, por ejemplo, Zolberg, Aristide; *Creating Political Order*, Chicago: Rand Mc Nally College Publishing Company, 1966; también Anderson, Charles; *Issues of Political Development*, New Jersey: Prentice Hall Inc., 1964.

¹³ Ver O'Donnell, Guillermo; *Modernization and Bureaucratic Authoritarianism*, Berkeley Instituto of International Studies, University of California, 1973.

como Cardoso incorporan a sus análisis las categorías analíticas sobre el régimen político autoritario previamente desarrolladas por Linz y Schmitter.

En un esfuerzo importante de sistematización y clarificación conceptual, en 1975 Juan Linz desarrolla en su obra **Totalitarianism and Authoritarianism** una tipología de regímenes políticos autoritarios, incorporando el subtipo burocrático-militar aplicable a los regímenes militares modernizadores de América Latina, el subtipo de Estado orgánico o corporativista aplicable a la España franquista y al Portugal de Oliveira Salazar, y el subtipo de movilización nacionalista, aplicable a los regímenes africanos no-marxistas. Linz aprovecha en este mismo trabajo para destacar las diferencias que existen entre estos regímenes y los totalitarismos marxista, nazista y fascista, en dos aspectos que desarrolla in extenso: el mayor margen de pluralismo que existe en los regímenes autoritarios, y el rol dominante de la ideología totalitaria, que estaría ausente en el autoritarismo¹⁴.

En los regímenes autoritarios existe indudablemente un elemento de libertad y pluralismo, que aunque puede estar muy restringido en términos políticos, los diferencia claramente de las sociedades totalitarias. Políticamente es común ver incorporadas a las estructuras de gobierno autoritario a personas que de algún modo son representativas de una pluralidad de sectores sociales, económicos, morales y culturales. Es cierto que las personas designadas en los Gabinetes, Consejos y demás instituciones tienen más bien una representatividad potencial, porque ella no es la base principal de su posición de poder, sino más bien la confianza depositada en ellos por el Jefe de Estado o grupo dirigente, que ciertamente toman en consideración el prestigio e influencia social de tales personas que por lo común no son políticos profesionales. Lo importante es que tiende a formarse una élite heterogénea en vez de la militancia partidista rígida y excluyente de las estructuras del gobierno totalitario. En el caso de Brasil existe incluso un sistema predominantemente bipartidista, con una oposición tolerada que, aunque sujeta a algunos controles, participa y obtiene triunfos importantes en las elecciones parlamentarias y de autoridades regionales.

Las mismas características políticas de su base de apoyo inicial explican por qué resulta muy difícil para los regímenes autoritarios contar con una legitimación social indefinida en el ejercicio de su poder, y que por tanto den lugar a procesos dinámicos y complejos de desarrollo de la libertad política. Una vez superados los episodios más dramáticos de conflicto civil que generalmente anteceden a esta clase de regímenes, reesta-

¹⁴ Ver Linz, Juan; *Totalitarianism and Authoritarianism*, trabajo incluido en el volumen 3 del *Handbook of Political Science*, editado por Frederick Greenstein, Reading, Mass.: Addison-Wesley, 1975.

blecido el orden público y reducido el grado excesivo de politización e ideologización que impide la unidad nacional, la legitimidad de ejercicio tiende a ser concedida fundamentalmente por factores de liderazgo nacional, desarrollo económico, movilidad social y progresiva restauración de la libertad cultural y política. En el mediano a largo plazo, el liderazgo nacional tiende a sufrir un desgaste político. El desarrollo económico y la movilidad social no siempre dependen de la aplicación de modelos tecnocráticos ni su estabilidad se encuentra asegurada por la garantía autoritaria, por lo cual tampoco puede el apoyo político basarse en la bonanza económica. Tarde o temprano surgen en los horizontes autoritarios alternativas de liberalización política, que si van acompañadas de programas convincentes de desarrollo económico estable y consenso social básico, tienen una alta probabilidad de ser preferidas por la opinión pública —e, incluso, por sectores del propio régimen—, como un objetivo deseable de alcanzar.

El margen de la libertad cultural y política que por lo común dejan abierto los regímenes autoritarios puede tener consecuencias muy positivas para su desarrollo político. Los mismos gobernantes pueden tomar la iniciativa creando mecanismos constitucionales, de representación y de competencia política moderada, que sirvan para una gradual democratización. En esto lo peor pareciera ser la liberalización política intermitente, con intervalos de inmovilismo y franca represión, por cuanto la frustración colectiva sólo puede llevar a una continuación de los círculos viciosos de discontinuidad política de tales sociedades. A diferencia de lo que ocurre en las sociedades totalitarias, donde las posibilidades de que se genere un proceso de desarrollo democrático son muy escasas por el superior grado de integración monolítica y de represión, la fuerza de la democracia no se halla perdida cuando sobreviene un régimen autoritario. Queda como una tarea posible para el futuro más o menos inmediato.

El mayor pluralismo y libertad que distingue a los regímenes autoritarios de las sociedades totalitarias no consiste tan sólo en el referido margen de libertad política o en el carácter más plural de los equipos de colaboradores que se van rotando en los gobiernos. Creo que lo más importante es la potencialidad de ir creando un sistema socioeconómico y un sistema moral y cultural que sirvan de contrapesos y de apoyo a la democracia política en un futuro orden social libre. En este sentido, cabría distinguir dos fases en el proceso de desarrollo político desde el régimen autoritario hacia un régimen democrático estable: una primera fase de liberalización, donde se van abriendo espacios de libertad socioeconómica, cultural y política dentro de un contexto autoritario que se va descomprimiendo; y una segunda fase, de democratización propiamente tal, donde se desarrolla un proceso de participación política, haciendo operar las instituciones básicas de la democracia competitiva, inclu-

yendo el sistema de partidos y el sistema electoral. Dentro de la primera fase resultaría posible la formación de coaliciones liberalizadoras muy amplias donde participen sectores claves de la vida socioeconómica, cultural y política, mientras que en una segunda fase se produciría una diversificación que, sin obstar a la conveniencia de que exista un consenso sobre las bases fundamentales de la institucionalidad democrática, abriría paso a grandes opciones competitivas entre sí.